

GANADOR DE LA MEDALLA NEWBERY 2024

LOS OJOS Y LO IMPOSIBLE



DAVE EGGERS

DESTINO

DAVE EGGERS

LOS OJOS
Y LO
IMPOSIBLE

DESTINO

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2025

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es

www.planetadelibros.es

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Eyes and the Impossible*

© del texto: Dave Eggers, 2023

© de las ilustraciones de interior: Shawn Harris, 2023

© de la ilustración de cubierta: Shawn Harris sobre una pintura de Berndt Lindholm (1841-1914)

© de la traducción: Verónica García

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30941-3

Depósito legal: B. 15.937-2025

Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

UNO

Doy vueltas y vueltas y vueltas antes de echarme a dormir y me levanto antes que el Sol. Duermo a cubierto y a la intemperie y he dormido en el hueco de un árbol milenario. Cuando duermo necesito calor, tranquilidad, liberarme de todo el ruido. Cuando duermo sueño con madres y nubes —las nubes son mensajeras de Dios— y con pupusas porque me encantan las pupusas y me las como con deleite.

Soy un perro, de nombre Johannes, y te he visto. Te he visto en este parque, que es mi hogar. Si has venido a este amplio y verde parque a orillas del mar, te he visto. He visto a todos los que han pasado por aquí, a los paseantes y a los corredores y a los ciclistas y a los buscadores de Bisontes y a los que vienen de pícnic y a los arqueros con sus capas. Si has venido aquí has venido a mi casa, donde yo soy los Ojos.

Os he visto a todos. A los grandes y a los pequeños, a los altos y a los olorosos. A los viajeros y a los turistas y a los oriundos y a los patinadores y a los que tocan el viento metal debajo del puente





del musgo y a los bailarines que danzan sobre el otro puente y a los barbudos que intentan meter discos voladores en jaulas pero que suelen fallar. Veo todo lo que hay en este parque porque soy los Ojos y mi misión es verlo todo e informar de todo. Pregunta por mí a las tortugas. O a las ardillas. A los patos no. Los patos no saben nada.

Corro como un cohete. Corro como un láser. Nunca has visto una velocidad igual que la mía. Cuando corro empujo el planeta y lo hago girar. ¿Me has visto? No me has visto. Es imposible. Te equivocas. Nadie me ha visto correr porque cuando corro me vuelvo invisible para el ojo humano. Corro como la luz. ¿Has visto moverse la luz? ¿Eh?

No has visto moverse la luz. Aun así, me caes bien. No te lo esperabas ni te lo merecías, pero así es. Me caes bien.

Nací aquí. Menuda historia. Mi madre era doméstica y sigue siéndolo. No obstante, cuando se quedó embarazada, vino aquí, a un tronco de árbol hueco, y esperó a que naciésemos. Ni yo ni ella sabemos por qué eligió parirnos en el bosque en lugar de en la casa humana en la que vivía, porque vivía en una casa humana, y lleva collar y le dan de comer a diario y la acarician a todas horas y la cuidan médicos que la han mantenido con vida muchos años, más de los que habría podido sobrevivir aquí. Por qué decidió parirnos aquí no lo sé, pero tomó esa decisión y cuando salimos de su

interior, grasientos y lloriqueando, hizo algo inesperado: cogió a uno —mi hermano Leonard— y se lo llevó a su guarida humana, y según parece sus humanos se alegraron muchísimo de que hubiese vuelto a casa y se entusiasmaron de que hubiera traído a su nuevo hijo. A los demás nos dejó en el hueco del árbol.

No le guardo rencor.

Soy un cometa.

Tengo vagos recuerdos de que una perra nos alimentó durante los primeros días. Me viene una nebulosa de su olor. Pero ¿de verdad era una perra? ¿No sería una zorra o una mapache? Janie dice que era una lechuza. Joanie opina que era una ardilla. Joanie y Janie son mis hermanas. También tenemos un hermano, Steven. Alguien nos alimentó durante esos cruciales momentos y solo tardamos unas semanas en ser capaces de valernos por nosotros mismos, cosa que hicimos. Nos valimos y crecimos y salimos adelante. A Leonard lo alimentaban con pienso, mientras que nosotros teníamos que vivir de lo que podíamos encontrar por el parque.

Pasamos hambre, pero éramos libres. Sigo valiéndome y sigo vi-
viendo de lo que puedo y sigo siendo libre, siempre lo he sido. Nadie me alimenta. Nadie me cuida, soy libre. Esta es mi vida. Dios es el Sol. Las nubes son sus mensajeras. La lluvia no es más que lluvia.

Este parque es enorme. No soy matemático, pero creo que mide unos diez mil kilómetros de largo y unos tres mil de ancho. Es alargado

y estrecho y se extiende desde la gris ciudad hasta un retal gris de mar airado que colinda con una playa enorme y ventosa donde la gente viene a ahogarse unas tres o cuatro veces al año en los fibrosos músculos del salvaje mar.

He ido a esa playa y no me he ahogado. He cruzado carreteras y autopistas y sigo sano y salvo. He mordido alguna que otra pierna cuando ha sido menester y he saltado desde un tejado y salido ileso.

Soy fuerte.

He mirado de frente un eclipse solar y no me ha pasado nada.

Soy invencible.

Tal vez incluso inmortal.

En los primeros momentos de nuestras vidas, Joanie, Janie, Steven y yo encontramos el cubo de la basura de al lado de los chiringuitos del parque y comimos con avidez de él. Resultaba muy sencillo y nos alimentamos muy bien. Nos zampamos perritos calientes a medio comer y trozos de pretzels y bebimos zumos a medias y refrescos y escupimos los refrescos porque nos parecieron ofensivos y nos lo siguen pareciendo. Había muchísima comida, tanta que era, y sigue siendo, muy sencillo comer a menudo y bien.

Después Joanie, Janie y Steven desaparecieron, y fue muy extraño. Aún éramos cachorros, ahora lo sé. Seguíamos siendo cachorros y un día que estábamos contemplando a los humanos bailar al lado del puente, los cuatro sentados viendo la banda musical y las danzas, de pronto unas manos humanas alzaron a Joanie y a Steven y se pusieron a parlotear sobre que eran cachorritos y muy pequeños y suaves, y yo

pensé: «No». Pensé: «No», y le dije a Janie: «Corre», pero ella pensó: «Sí», y dijo: «Sí», y se quedó donde estaba y también la cogieron.

Se los llevaron los humanos y supongo que se habrán convertido en perros domésticos —mascotas—; yo corrí hacia el bosque, donde mantuve mi libertad y me convertí en los Ojos.

DOS

Cómo me convertí en los Ojos, sí. Menuda historia. Un día que estaba yo corriendo como la luz por el parque, oí una voz atronadora.

—Para —dijo.

Nunca se me pasaría por la cabeza detenerme por nadie, dado que soy libre y rápido, pero esta voz era imponente y amable a un tiempo, una voz maternal, así que no me paré, no —¿cómo iba a pararme así como así?—, pero ralenticé la marcha hasta adoptar la velocidad del sonido.

—Ven aquí, por favor —dijo luego, y adopté la velocidad de un avión para acercarme a la voz, que parecía proceder de un peñasco cubierto de pelaje. El peñasco me estaba hablando a través del bosque.

—Acércate —me pidió la voz, y adopté la velocidad del común de los mortales mamíferos cuando corre a toda velocidad, y al acercarme vi que el peñasco era un ser vivo, un Bisonte. Había visto Bisontes desde lejos, desde la carretera que atraviesa el parque junto a la que suelo correr porque me gusta echarles carreras a los coches. Ay, señor, corro mucho más rápido que ellos. Es como una broma cruel lo mucho

que los aventajo. Resulta vergonzoso para los coches y para los humanos que los conducen y para los que los fabrican. Los dejo a la altura del betún, pero no lo lamento ni un poco.

—Ven a hablar conmigo —dijo la voz, y cuando obedecí, vi a la Bisonte de cerca y me percaté de que era muy anciana. Se trataba de Freya. No soy científico del tiempo, pero estimo que tendría unos seis mil años. Y ahora es más vieja aún.

Formaba parte de un grupo de tres Bisontes —los otros dos son Meredith y Samuel— que viven en una zona vallada dentro del parque. Siempre han estado aquí y se mueven muy despacio y suelen estar cansados, según parece, pero llevan gobernando millones de años o más.

—Te he visto correr —me dijo Freya, cuyos ojos eran enormes y tenían unos párpados muy pesados—. Eres muy rápido —comentó, y yo asentí con seriedad, con orgullo—. Nosotros, los gobernantes del parque, tenemos que saber lo que pasa en nuestros dominios, y la mayoría de los conejos han desaparecido, y no hay quien se fíe de las lechuzas.

—Mienten más que hablan y tienen intenciones ocultas —dijo Meredith, aunque sin acritud. Meredith era la más amable de los tres, la más crédula, la más alentadora.

—Y, como ya sabes, los patos son unos zoquetes —intervino Samuel. Este era el más cínico, el más cansado, el más gracioso.

Yo ya sabía que los conejos se habían esfumado, pero no tenía ni idea de que las lechuzas fuesen tan poco de fiar. Tomé nota mental

para acordarme de que tenían intenciones ocultas. Los patos, en cambio, ya sabía que eran unos zoquetes.

—Nos gustaría que fueses nuestros ojos —dijo Freya.

—Seguro que se te da bien —dijo Meredith.

Yo quería ser sus ojos. Por eso me convertí en los Ojos.

—No metas la pata —dijo Samuel.

Y quedó acordado. Mi tarea era tan simple como crucial. Recorrería el parque a diario, cosa que ya hacía, pero ahora, al caer el Sol, informaría a los Bisontes de lo que había visto. Si había alguna novedad, los Bisontes querían estar enterados. Si había algún problema. Si sucedía algo que pusiera en peligro el Equilibrio.

El parque tiene un Equilibrio, igual que todos los espacios naturales, y los Bisontes lo vigilan y lo protegen. Son los Guardianes del Equilibrio. Si el Equilibrio se descompone, habrá problemas. Si las Personas del Parque abren un sendero nuevo, acudirá más gente a las zonas donde antes los animales vivían solos e imperturbados, y eso puede desequilibrar la armonía. Si se construyen nuevos edificios, se puede descomponer el Equilibrio. Las carreteras, las normas nuevas. Todo afecta al Equilibrio.

El sistema, este sistema nuestro, es muy bueno. Veo algo, se lo cuento a los Bisontes, ellos le buscan solución. Cuando apareció una carretera por el bosque donde viven la mayoría de los mapaches, se lo comuniqué a los Bisontes y ellos decidieron adónde debían tras-

ladarse. Cuando los zorros y las ardillas se disputan un territorio, se lo transmito a los Bisontes y ellos deciden qué le toca a cada quién. Cuando una masa de humanos está siendo demasiado destructiva e irrespetuosa con la tierra, se lo digo a los Bisontes y ellos comandan a Bertrand y a sus aves que dejen caer una cantidad incómoda de heces sobre esos individuos. Problema resuelto. Y todo empieza con lo que yo veo. Con las noticias que recolecto.

La mayor parte de las nuevas que traigo son sobre los humanos. Corren y patinan y hacen pícnicos y llevan a cabo las actividades esperables para un parque. Juegan al cróquet. Trepan a los árboles. Se montan bicis y se transitan senderos. Esa gente no supone ningún problema. En cambio, los hay que sí. Los Concertistas y los Campistas pueden acarrear bastantes problemas. Los Concertistas vienen una vez al año, tocan música ensordecedora en el prado oval y esto supone un problema. Los Concertistas vienen de cerca y de lejos y normalmente nunca han estado en nuestro parque y no tienen ni idea de dónde se han metido ni de que se trata de un lugar en sí mismo, un sitio con miles de habitantes, como yo mismo, y no solo un escenario para plantarse ahí, asentir y girar. Los Concertistas, en su visita anual, por poco destrozan el parque con su ruido y su basura y sus vómitos y su micción indiscriminada.

Pero se van. Se marchan y nos podemos recuperar.

Los Campistas son más complejos. Algunos no se marchan y los hay que han pasado aquí varios años y sabemos sus nombres y no suponen ningún problema. Marianne y Dennis duermen en una tienda

bien ordenada al lado del estanque de los patos y llevan aquí tanto tiempo como yo. Thomas, que es casi ciego, da de comer a los pájaros y a las ardillas y vive a la orilla del mar; hay quien dice que lleva aquí unos mil años. Todos estos Campistas son como nosotros: viven en paz, caminan con mucho mucho mucho cuidado por el bosque. Respetan el Equilibrio.

Y luego están los Turistas Conflictivos. Esos humanos no son tan agradables. Comen y beben cosas apestosas y vomitan y hacen ruido. Roban y se pelean. Dejan botellas y envoltorios y heces. Atacan a desconocidos y maltratan a los animales. Traen el peligro y la peste al bosque. Normalmente se mueven en vehículos grandes y atronadores. Van de paso, en dirección a otros destinos. No les importa nuestro hogar.

La mayoría de los humanos pasan por aquí sin causar problemas. Sé que este parque les pertenece tanto como a mí. Los Bisontes lo comprenden, así como las tortugas y las ardillas. Los patos no entienden nada, pero eso es otro asunto.

La mayor parte de los humanos viven en pálidas casas de cemento en calles de asfalto gris y vienen a pasar una hora o dos al parque y yo los observo. Observo a los corredores y a los jinetes y a los arqueros. Observo a los futbolistas y a los futboleros. Observo a las familias y a los niños a los que dejan en libertad de repente. Observo a los paseadores de perros y me río de sus perros cautivos. ¡Ja, ja, joooooo!

Así me río yo: ¡Ja, ja, joooooo!

¡Ja, ja, joooooo! ¡Mascotas!

Esos perros cautivos que van con correa se creen que me estoy riendo con ellos y no de ellos y eso me hace reír aún más fuerte.

¡Ja, ja, joooooo!

¡Ja, ja, joooooo!

Me parto. Me parto. Me parto.

Me río de lo cautivos que están y de cómo fingen ser libres como yo. Cuando están conmigo hacen como si nada, como si la correa no les supusiera inconveniente alguno, como si estuvieran a punto de liberarse, como si pudieran ser libres si quisieran, pero de esa broma yo me río con gran fervor. ¡Ja, ja, joooooo!. Me río tanto que lloro y lloro y lloro enormes lágrimas de alegría desenfrenada.

No ser libre no es ser libre. Estos perros cautivos son conscientes de la diferencia y han elegido el pienso. Han elegido las sobras de debajo de la mesa. Han elegido el techo y la correa. ¡La correa! ¡La correa! ¡La correa!

«¡Ja, ja, joooooo!», digo yo, porque soy de otra raza.